De la nación moderna a la indiferencia postnacional

Una hipótesis sobre la pérdida del duelo colectivo

Xema Gatnau · 18 de agosto de 2026

Figura 1. Imagen simbólica: de la comunidad histórica cohesionada a la fragmentación postnacional.

Resumen

La idea de un “mundo postnacional” suele entenderse como una predicción: los Estados-nación perderán fuerza, las identidades nacionales se diluirán y la política se reorganizará en escalas supranacionales, globales, locales o civilizatorias. Sin embargo, puede formularse una tesis más fuerte: en muchas sociedades occidentales ya existe una condición postnacional, no porque hayan desaparecido los Estados ni las identidades nacionales, sino porque ha desaparecido en amplios sectores de la población el sentimiento de pérdida ante la posible desaparición o transformación profunda de la nación.

La nación moderna fue una construcción histórica relativamente reciente. Antes de ella hubo clanes, tribus, pueblos, ciudades, reinos, imperios, religiones universales, comunidades lingüísticas, órdenes estamentales y fidelidades dinásticas. Existían pertenencias intensas, pero no necesariamente “nacionales” en sentido moderno. La modernidad produjo una forma específica de comunidad imaginada: una población extensa, anónima, territorializada, homogeneizada por escuela, lengua estándar, administración, ejército, prensa, mapas, censos y memoria histórica común. Esa nación no fue falsa: fue construida, pero real en sus efectos.

La condición postnacional aparece cuando esa construcción deja de ser vivida como destino. La población sigue usando el Estado, votando, pagando impuestos, hablando una lengua, teniendo documentos y celebrando fiestas nacionales; pero la nación deja de ser una herencia sagrada y pasa a funcionar como marco administrativo, espacio económico, comodidad civil o preferencia cultural

débil. En ese punto, la pregunta decisiva ya no es si la nación existe, sino cuánta gente sufriría realmente si dejara de existir como continuidad histórica.

Pero esa indiferencia no implica necesariamente estabilidad. Una sociedad puede parecer postnacional y funcional mientras vive de la herencia de una nación anterior: confianza social, instituciones, hábitos de cooperación, memoria compartida y una cultura común todavía operativa. La cuestión es si esa sociedad puede resistir una crisis fuerte cuando esos lazos se debilitan. El riesgo de la postnacionalidad no es solo la desaparición de una identidad, sino la aparición de una sociedad más frágil, más dependiente del Estado y más expuesta a conflictos entre grupos que ya no se reconocen como parte de un mismo destino colectivo.

Palabras clave: postnacionalidad, nación moderna, nacionalismo, identidad colectiva, crisis de la nación, modernidad, hipermodernidad, comunidad imaginada, cohesión social, fragilidad social, indiferencia nacional, pertenencia, soberanía, memoria histórica, civilización, globalización, desarraigo, sujeto histórico, Estado-nación, política contemporánea

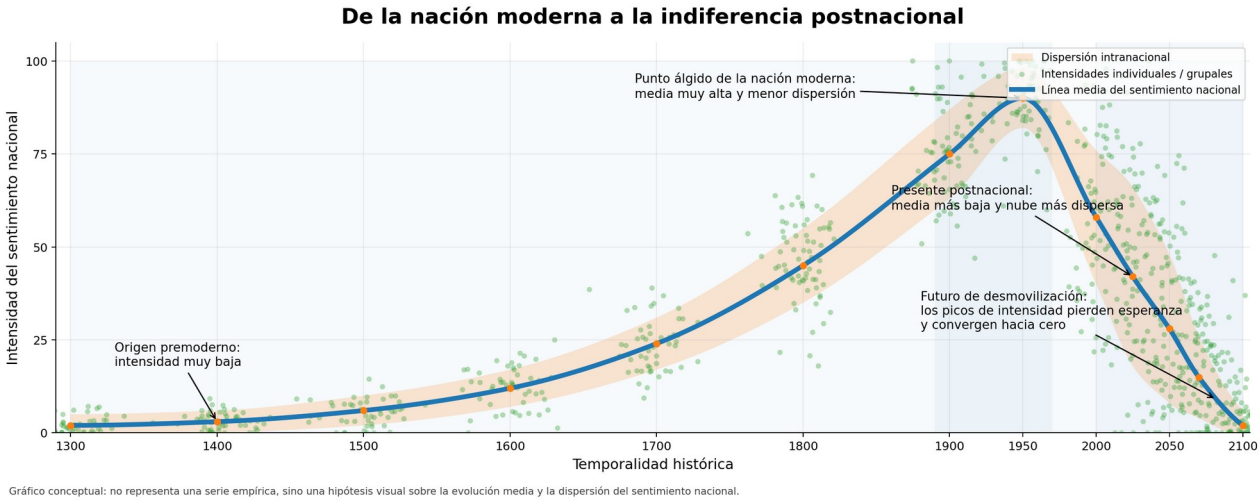

Figura 2. Curva conceptual de intensidad media y dispersión intranacional del sentimiento nacional.

1. Antes de la nación: pertenencias sin nacionalismo moderno

Históricamente, la nación no es la forma normal ni universal de pertenencia política. La humanidad ha vivido mucho más tiempo bajo estructuras de parentesco, linaje, tribu, ciudad, imperio, religión, señorío o dinastía que bajo naciones modernas. Eso no significa que antes no hubiera identidad colectiva. La había, y a menudo era fortísima. Pero no tenía necesariamente la forma moderna de una nación soberana compuesta por ciudadanos iguales que se reconocen como parte de un mismo sujeto histórico.

En sociedades de clanes o tribus, la pertenencia se organizaba alrededor del parentesco real o mítico, la lealtad al grupo, el territorio usado o defendido, los ancestros, los ritos y las obligaciones recíprocas. El territorio podía ser importantísimo, pero normalmente no se concebía como “patria nacional” en sentido moderno, sino como tierra de caza, pasto, culto, sepultura, linaje o supervivencia. El vínculo era concreto, personal y sagrado, no abstracto y nacional.

En las ciudades antiguas, como las poleis griegas o la Roma republicana, la pertenencia era cívica, religiosa y militar. Ser ateniense, espartano o romano implicaba participar en un cuerpo político, en cultos, leyes, deberes y privilegios. Pero la ciudad antigua no era una nación moderna: era una comunidad política limitada, jerárquica, excluyente, con esclavos, metecos, aliados o súbditos. La ciudadanía romana, especialmente con la expansión imperial, llegó a ser una categoría jurídica amplísima, pero precisamente por eso era más imperial que nacional: podía incorporar pueblos distintos sin exigirles una homogeneidad nacional plena.

Los imperios funcionaban de otra manera. Un imperio no necesita que todos sus súbditos se sientan miembros de una misma nación. Puede gobernar mediante jerarquías, pactos, autonomías locales, religiones oficiales, élites intermediarias, fiscalidad y lealtad al emperador o al centro. El Imperio romano, el persa, el otomano, el austrohúngaro, el ruso o el español integraron poblaciones diversas bajo una soberanía común sin convertirlas necesariamente en una sola nación homogénea. El imperio tolera, administra o jerarquiza la diferencia; la nación moderna tiende a homogeneizarla.

En la Edad Media europea, las pertenencias principales eran locales, religiosas, estamentales, jurídicas y dinásticas. Una persona podía sentirse de una villa, de una parroquia, de una lengua, de un reino, de una cristiandad, de un señor, de un gremio o de un linaje. Podía existir conciencia de ser catalán, castellano, franco, inglés o lombardo, pero eso no equivalía todavía al nacionalismo moderno de masas. El campesino medieval no se concebía normalmente como parte de un sujeto nacional soberano; su mundo político estaba mediado por señoríos, fueros, jurisdicciones, Iglesia, monarquía y comunidad local.

También las grandes religiones universales produjeron pertenencias supranacionales. La cristiandad latina, la umma islámica o la idea china de civilización imperial no eran naciones: eran órdenes más amplios que podían incluir pueblos distintos. En estos marcos, la lealtad suprema podía dirigirse a Dios, a la ley religiosa, al emperador, al califa, al rey, al orden cósmico o a la civilización, no necesariamente a una nación popular soberana.

Por tanto, es correcto decir que las naciones modernas no han existido siempre. Lo que ha existido siempre es la necesidad humana de pertenencia, frontera, memoria, parentesco, protección y diferencia. La nación moderna no inventa la pertenencia; inventa una forma específica de convertir pertenencias dispersas en un sujeto político de masas.

2. La nación moderna: una construcción real

La nación moderna nace cuando se fusionan varias dimensiones: Estado territorial, soberanía popular, lengua estandarizada, historia común, administración central, ejército nacional, escuela pública, prensa, mapas, censos, himnos, monumentos, mártires, literatura y economía integrada. La nación moderna no es simplemente una etnia, ni una raza, ni una lengua, ni un Estado. Es una síntesis histórica.

Por eso la nación moderna puede ser descrita como “construida” sin que eso signifique que sea falsa. Una catedral también es construida y no por eso es irreal. La nación es una arquitectura política y simbólica. Su éxito consistió en hacer que millones de desconocidos se imaginaran como parte de una misma comunidad, con un pasado compartido y un destino común. Un campesino, un soldado,

un maestro, un funcionario y un obrero podían no conocerse jamás, pero podían aprender a verse como compatriotas.

La modernidad necesitaba ese tipo de comunidad. La industrialización requería movilidad, alfabetización, comunicación común, disciplina administrativa y una cultura relativamente estandarizada. El Estado necesitaba ciudadanos, soldados, contribuyentes y trabajadores. La nación proporcionó el relato emocional que hacía soportable y honorable esa integración. No se pagaban impuestos únicamente al rey: se contribuía a la patria. No se moría solo por un monarca: se moría por la nación. No se aprendía una lengua estándar solo por utilidad: se aprendía como lengua nacional.

Este proceso fue especialmente fuerte en los siglos XVIII, XIX y XX. Las revoluciones liberales, el romanticismo, la educación pública, el servicio militar, los periódicos, la novela, la historiografía patriótica y los Estados centralizados fabricaron un tipo de sujeto nuevo: el ciudadano nacional. La nación moderna convirtió la pertenencia en una emoción horizontal: todos los miembros de la nación, ricos o pobres, cultos o analfabetos, urbanos o rurales, podían imaginarse como hermanos simbólicos.

Pero esa fraternidad nacional siempre fue ambigua. Podía emancipar frente al imperio o al absolutismo, pero también podía uniformizar, perseguir minorías, aplastar lenguas, inventar pasados heroicos o convertir la diferencia interna en amenaza. La nación moderna da dignidad política al pueblo, pero también exige que el pueblo se deje definir, clasificar y representar.

3. Lo postnacional no significa ausencia de Estado

El error habitual es pensar que lo postnacional implica la desaparición inmediata de los Estados. No es así. Puede haber postnacionalidad con Estados fuertes. De hecho, muchas sociedades actuales siguen teniendo pasaporte, ejército, policía, hacienda, fronteras, elecciones, selecciones deportivas y símbolos patrios. Lo que cambia es la intensidad de la creencia.

La condición postnacional aparece cuando el Estado sigue existiendo, pero la nación deja de ser vivida como una continuidad orgánica. Para muchos individuos, el país es un lugar donde residir, trabajar, consumir, cobrar prestaciones, recibir servicios, tener seguridad jurídica o desarrollar una vida privada. Pero ya no necesariamente una herencia que deba ser transmitida.

La diferencia es sutil pero decisiva. El ciudadano nacional moderno pensaba: “mi nación debe continuar”. El sujeto postnacional piensa: “mientras haya estabilidad, derechos, empleo y convivencia, la composición cultural del país puede cambiar”. No siempre lo formula así, pero actúa como si lo creyera. La continuidad nacional deja de ser un valor supremo y se convierte en una preferencia secundaria, negociable o incluso incómoda.

Esto explica una paradoja contemporánea: mucha gente puede decir que ama su país y, al mismo tiempo, no sentir una pérdida profunda si su país cambia radicalmente de lengua, composición demográfica, religión pública, memoria histórica o cultura cotidiana. Su patriotismo es administrativo, deportivo, sentimental o costumbrista, pero no civilizatorio. Le gusta su país como paisaje, bienestar, gastronomía, sistema sanitario, vacaciones, fútbol o infancia; no necesariamente como sujeto histórico que deba perdurar.

Pero aquí aparece un problema decisivo: que algo “funcione” durante un periodo de prosperidad no demuestra que sea estable en una situación de crisis. Muchas sociedades postnacionales siguen funcionando porque viven de una herencia institucional, cultural y moral acumulada por la nación moderna: confianza social, obediencia a la ley, hábitos de cooperación, autocontrol, sentido del deber, continuidad administrativa, baja violencia interna y cierta memoria común. Pero si esas bases se consumen sin ser renovadas, la sociedad puede conservar durante un tiempo la apariencia de normalidad mientras pierde los lazos que la hacían posible.

Una comunidad postnacional puede parecer pacífica mientras hay crecimiento económico, servicios públicos, seguridad, consumo y ausencia de conflictos graves. Sin embargo, cuando aparece una crisis fuerte —económica, energética, militar, migratoria, fiscal, religiosa o de orden público— puede revelarse que bajo la superficie administrativa ya no existía un “nosotros” suficientemente denso. En ese caso, el viejo consenso nacional no es sustituido por una fraternidad universal, sino por una suma de grupos, intereses, resentimientos y comunidades paralelas. La sociedad sigue funcionando mientras no se la somete a tensión; pero ante una vulnerabilidad intensa puede fragmentarse rápidamente.

Por eso la fórmula “mientras funcione” es ambigua. Puede ser una muestra de madurez pragmática, pero también una señal de inconsciencia histórica. Funciona porque todavía quedan reservas de cohesión heredadas. Funciona porque el Estado mantiene el orden. Funciona porque el conflicto latente no ha alcanzado un punto crítico. Pero no está garantizado que funcione indefinidamente si desaparecen la confianza común, la cultura compartida y el sentimiento de pertenencia. La alternativa a una nación viva no es necesariamente una sociedad abierta y armoniosa; puede ser una sociedad administrada, desconfiada, tribalizada o mantenida unida solo por un aparato estatal cada vez más fuerte.

4. La indiferencia como síntoma

La pregunta más reveladora no es: “¿existen todavía naciones?”. Evidentemente existen. La pregunta es: “¿cuánta gente experimenta la transformación profunda de su nación como una pérdida?”. Ahí aparece la hipótesis de la indiferencia postnacional.

En muchas sociedades occidentales, una parte considerable de la población parece aceptar cambios culturales, lingüísticos o demográficos bajo un criterio funcional: que quien llegue trabaje, no moleste, cumpla la ley y no genere conflicto visible. Esa fórmula revela una mutación profunda. La nación deja de ser una comunidad histórica sustantiva y pasa a ser un sistema de convivencia mínima. La pregunta ya no es “¿seguiremos siendo el mismo pueblo?”, sino “¿funciona?”.

Ese “mientras funcione” es el núcleo psicológico de lo postnacional. No niega la existencia de diferencias culturales, pero las subordina a la paz social, al mercado laboral y a los derechos individuales. La identidad colectiva se vuelve gestionable. Si la transformación no destruye inmediatamente la seguridad, el consumo, el empleo o la vida privada, se percibe como asumible. Incluso cuando algunos la viven como pérdida, otros la viven como normalidad, enriquecimiento, inevitabilidad o simple irrelevancia.

La indiferencia postnacional, por tanto, no debe confundirse con una estabilidad superior. Una parte amplia de la población puede no experimentar como pérdida la transformación del sujeto

histórico nacional, pero eso no significa que la nueva sociedad resultante tenga más cohesión. Puede ocurrir lo contrario: que la aparente tolerancia sea en realidad desafección, cansancio, privatización de la vida o simple incapacidad de imaginar consecuencias a largo plazo.

En ese sentido, la sociedad postnacional puede vivir de rentas morales. Hereda instituciones nacionales, confianza interpersonal, infraestructuras, hábitos de legalidad, sistemas educativos, seguridad pública y una memoria común, pero deja de transmitir las razones profundas por las que todo eso debía conservarse. La población usa la herencia, pero no siempre se reconoce como heredera. Disfruta del orden, pero no necesariamente reproduce las condiciones culturales que hicieron posible ese orden.

Ahí está el riesgo: cuando la pertenencia común se debilita demasiado, los conflictos dejan de ser conflictos internos de una misma comunidad política y pueden convertirse en choques entre grupos que ya no se reconocen como parte de un destino compartido. Sin nación, sin religión común, sin cultura común suficientemente fuerte y sin confianza social amplia, la cohesión depende cada vez más del mercado, del derecho abstracto y de la coerción estatal. Eso puede bastar en tiempos tranquilos. Pero en tiempos duros, quizá no.

Aquí conviene distinguir cultura, nación y fenotipo. Que una sociedad haya tenido históricamente una determinada mayoría étnica, religiosa, lingüística o fenotípica puede formar parte de su autopercepción histórica. Pero la nación moderna no se reduce biológicamente a eso. Precisamente por eso, en sociedades liberales avanzadas, mucha gente no interpreta los cambios demográficos como desaparición nacional, sino como transformación de la población residente. La pregunta identitaria queda sustituida por una pregunta normativa: ¿se respetan las leyes?, ¿hay igualdad?, ¿hay convivencia?, ¿hay prosperidad?

Para el nacionalista clásico, esa respuesta es insuficiente. Una nación no es solo un contrato de convivencia; es una continuidad de memoria, lengua, costumbres, muertos, paisajes, instituciones y descendencia simbólica. Para el sujeto postnacional, en cambio, esa continuidad puede parecer excesiva, sospechosa o simplemente poco importante. La nación como herencia pesa demasiado sobre individuos que se conciben ante todo como proyectos privados.

5. La modernidad creó la nación; la hipermodernidad la disuelve

Hay una ironía histórica. La modernidad creó la nación para sustituir pertenencias anteriores: dinastía, religión, provincia, estamento, imperio, comunidad local. Pero la propia modernidad avanzada ha producido fuerzas que debilitan la nación: globalización económica, derechos humanos universales, migraciones masivas, individualismo, consumo cultural global, internet, inglés internacional, instituciones supranacionales, turismo, urbanización, secularización y mercados laborales móviles.

La primera modernidad nacionalizó a las masas y les dio una identidad común para todo un territorio. La segunda modernidad las privatiza y las globaliza, liquidando cualquier identidad común. Allí donde el siglo XIX decía “pueblo”, el siglo XXI dice “individuo”, “residente”, “contribuyente”, “usuario”, “consumidor”, “trabajador”, “minoría”, “ciudadano del mundo” o “persona con derechos”. La pertenencia nacional no desaparece, pero compite con identidades más flexibles y con marcos normativos más universales.

El sujeto contemporáneo puede tener múltiples lealtades: ciudad, región, Estado, Europa, empresa, red digital, comunidad ideológica, estilo de vida, religión, lengua, orientación política o causa moral. La nación deja de monopolizar el sentido. Y cuando deja de monopolizar el sentido, deja también de monopolizar el duelo. Si desaparece una costumbre, una lengua local, una mayoría histórica o una forma de vida, muchos no lo viven como amputación, sino como un cambio social más.

6. ¿Retorno a la normalidad histórica?

Puede decirse que la época nacional fue una excepción histórica. Durante unos dos siglos, la nación consiguió convertirse en el recipiente principal de la pertenencia política. Antes de ella, la humanidad había vivido bajo formas más locales, imperiales, religiosas o dinásticas. Después de ella, podríamos estar volviendo a un mundo de pertenencias fragmentadas: ciudades globales, bloques continentales, imperios económicos, comunidades religiosas transnacionales, redes digitales, identidades privadas y Estados administrativos.

Pero no sería un simple regreso al pasado. La condición postnacional no reproduce el clan, la tribu o el imperio antiguo. Es algo nuevo: individuos altamente juridificados, consumidores globales, Estados burocráticos, derechos universales, mercados integrados y culturas mediáticas planetarias. La diferencia es que el sujeto ya no necesita imaginarse como parte de una nación para vivir ordenadamente. Puede vivir dentro de un Estado sin amar la nación; puede beneficiarse de una herencia cultural sin querer transmitirla; puede hablar una lengua sin sentir obligación de preservarla; puede disfrutar de una civilización sin sentirse deudor de ella, ni respecto del pasado ni tampoco comprometido con el futuro.

La misma movilidad global, globalista y globalizadora permite escoger lugar para maximizar el bienestar individual, aunque vaya contra el bienestar de los territorios y de sus naciones naturales. El individuo puede desplazarse hacia donde la herencia institucional, económica o cultural le resulte más rentable, sin asumir necesariamente una responsabilidad hacia el origen de esa herencia ni hacia su continuidad futura.

Esa es quizá la ruptura más profunda: la pérdida de gratitud histórica. La nación moderna pedía gratitud hacia los antepasados y responsabilidad hacia los descendientes. La subjetividad postnacional tiende a vivir en presente: derechos presentes, bienestar presente, identidad elegida presente. El pasado se convierte en material crítico o patrimonial; el futuro, en gestión de riesgos. Entre ambos, la continuidad nacional se debilita.

7. Objeción: el nacionalismo no ha muerto

Sin embargo, sería exagerado afirmar que las naciones han desaparecido. De hecho, asistimos a reacciones nacionales, populistas, identitarias, soberanistas y civilizatorias. La globalización no ha eliminado el nacionalismo; lo ha reactivado en formas defensivas. Allí donde la transformación se percibe como demasiado rápida, injusta o impuesta, reaparece el deseo de frontera, soberanía y continuidad.

Esto obliga a matizar la tesis de la indiferencia. Es posible que una mayoría social —quizá un 60%, 70% u 80%, según el país y el momento— no viva la pérdida del sujeto histórico nacional como una

tragedia inmediata. Pero también existe una minoría significativa que sí la vive así. Esa minoría puede ser del 20%, del 30% o incluso mayor en determinados contextos. No se trata necesariamente de una nostalgia superficial, sino de una percepción real de pérdida: pérdida de continuidad, de lengua, de memoria, de formas de vida, de confianza social, de soberanía o de transmisión intergeneracional.

La política contemporánea se mueve precisamente en esa fractura: una mayoría desdramatizadora y una minoría intensamente consciente de la pérdida. La primera tiende a decir: "no pasa nada mientras haya convivencia y prosperidad". La segunda responde: "cuando queráis reaccionar, puede que ya no exista el sujeto histórico capaz de hacerlo". Esta tensión explica buena parte de los nuevos conflictos políticos. La nación no desaparece pacíficamente; se retira de la conciencia de muchos mientras se vuelve más intensa en quienes sienten que está amenazada.

El problema para los movimientos de reacción nacional es que muchas veces llegan tarde o en condiciones desfavorables. Cuando se activa la conciencia de pérdida, la transformación demográfica, cultural, lingüística o institucional puede estar ya muy avanzada. Además, quienes reaccionan suelen enfrentarse a élites administrativas, económicas, mediáticas y jurídicas que interpretan el nacionalismo defensivo como una anomalía moral o un peligro político. De ahí que la reacción exista, pero no siempre sea suficiente para revertir el proceso.

Por eso la época actual no es simplemente postnacional. Es una época de conflicto entre tres lógicas: la nacional, la postnacional y la civilizatoria. La lógica nacional quiere preservar un pueblo político concreto. La postnacional quiere administrar derechos, movilidad y diversidad. La civilizatoria agrupa conflictos en bloques más amplios: Occidente —es decir, Europa y su periferia expansiva: América del Norte, parte de América del Sur, Australia e incluso, en cierto sentido, Japón—, islam, China, mundo ruso y Sur global. Occidente no es algo distinto de Europa, sino más bien Europa proyectada hacia sus máximas periferias históricas, geopolíticas y culturales.

La nación pierde centralidad, pero no desaparece; queda presionada desde abajo por identidades locales y privadas, desde arriba por instituciones globales y desde los lados por civilizaciones o religiones transnacionales.

La hipótesis correcta, por tanto, no es que "ya no haya naciones", sino que la nación ha perdido evidencia. Antes era el marco natural de la política moderna. Ahora es una opción disputada. Para unos, sigue siendo la condición de la libertad colectiva. Para otros, es un residuo peligroso. Para muchos, simplemente no es una cuestión decisiva. Y para una minoría creciente, precisamente porque muchos han dejado de verla como decisiva, se convierte en una causa urgente.

Conclusión

La postnacionalidad más profunda no consiste en que desaparezcan las banderas, los Estados o los pasaportes. Consiste en que desaparece el dolor ante la posible desaparición de la continuidad nacional. Una nación puede morir mucho antes de que desaparezca su Estado: muere cuando deja de ser transmitida como algo valioso, cuando sus miembros ya no sienten que su pérdida sea una tragedia, cuando su cultura se convierte en una opción estética, su lengua en una herramienta que puede ser útil o no, su historia en un museo y su territorio en una plataforma económica.

La modernidad creó naciones porque necesitaba convertir poblaciones dispersas en sujetos políticos integrados. La hipermodernidad puede deshacerlas porque convierte esos sujetos políticos en individuos móviles, consumidores, residentes y titulares de derechos. En ese sentido, el mundo postnacional no es solo un futuro posible: en amplios sectores ya es una sensibilidad presente.

Pero la sociedad que sucede a la nación no tiene garantizada una cohesión superior. Puede ser más abierta, más flexible, más superficial y más plural; pero también puede ser más frágil, más dependiente de la coerción estatal y más incapaz de resistir crisis profundas. Allí donde desaparece un “nosotros” fuerte, la paz social puede depender cada vez más de la prosperidad económica, de la administración técnica y de la fuerza pública. Si esas condiciones fallan, la indiferencia postnacional puede descubrir demasiado tarde que la nación no era solo una ficción emocional, sino también una reserva de confianza, sacrificio y continuidad.

La cuestión final no es si las naciones existen todavía. Existen. La cuestión es si todavía hay suficientes personas dispuestas a vivirlas como herencia, límite y deber. Si la respuesta es negativa, entonces la nación continúa en los documentos, pero se ha retirado del alma colectiva. Y si la respuesta solo es afirmativa en una minoría reactiva, entonces el conflicto político del futuro no será entre nación y ausencia de nación, sino entre quienes todavía sienten la pérdida y quienes ya no son capaces de comprender por qué debería doler.